



# Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

FRANCISCO POVEDANO



Gracioso de buena ley,  
obtiene aplausos sin fin.  
Actualmente está de rey  
en el Teatro Martín.

## SUMARIO

TEXTOS: De toda un poco, por Lois Taboada.—En vísperas de Carnaval, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por Clara.—¿Cuál de las dos?... por Placido Yrázola.—Idilio campestre, por Sinesio Delgado.—¿Qué quieren?, por Manuel Matos.—Interioridades, por Eduardo Villegas.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Francisco Povedano.—De caza.—Carambola, por Cilla.



La población ha aumentado considerablemente durante estos últimos siete días.

Gran número de señoras han salido de su cuidado, y con este motivo muchos esposos se sintieron felices; otros, por el contrario, no hicieron más que ver el fruto de bendición y comenzaron a patear y á enfurecerse contra el destino.

—¡Esto es inaguantable!—gritaba un esposo dirigiendo una mirada iracunda al recién nacido, que parecía un cabrito desollado, aunque sea mala comparación.

—Pero, D. Silverio, no se ponga usted así—le decía la comadre.

—¿Le parece á usted que no tengo motivos para rabiar? Llevo siete chiquillos en diez años de matrimonio y tengo además cuatro fetos en espíritu de vino. Mi mujer no es una mujer, es un asilo.

En cambio, ¿qué de emociones ha producido en casa de D. Serapio el nacimiento de su primer chiquitín!

Desde que se inició el fausto suceso, aquella casa quedó convertida en un verdadero campo de Agramante.

La esposa, en cuanto pudo notar los primeros síntomas, se tumbó en el sofá, desatándose en aullidos lastimeros. Acudió la madre toda nerviosa y dijo que fueran corriendo á buscar á D. Matías el comadrón, que no tardó en presentarse metido en un gabán color de besugo pálido.

—Vamos, vamos, no apurarse—dijo éste, después de examinar á la enferma y dictar algunas disposiciones necesarias.

Á todo esto, el esposo andaba por el pasillo, sin saber dónde meterse, y en su afán de ser útil, se iba á la cocina á ver si cocía la olla del agua, ó bien acudía al lado de su mujer para darle ánimos.

—¡Quita de ahí, verdugo!—gritaba ella.

—¡Pero, Robustianita, por Dios!—murmuraba él, poniendo los ojos en blanco.

El comadrón se había sentado en una silla baja, después de haberse quitado el gabán, y lucía una elegante cazadora de lánilla, algo rozada por los codos, pero de corte airoso.

—Vamos, vamos, no hay que apurarse—repetía de cuando en cuando.—¿Está todo preparado? ¿Tienen ustedes tila?

—Sí, señor—contestaba la madre de la paciente.

—Bueno. No está de más que traigan ustedes también un poco de aguardiente alcanforado....

—Ahora mismo.

—¡Ah! Y unos sinapismos.

—Corriente.

—¡Ah! Y unas tijeras que corten bien. ¿Hay malvabisco?

—No, señor.

—Pues traerlo.

—Y de paso que vayan á buscar á mi casa las zapatillas y el acordeón, por si se prolongara mucho la cosa.

—¿El acordeón?

—Sí; para distraer á la enferma.

El infeliz esposo oyó todo aquello y tiembla como la hoja en

el árbol; quiere sentarse y no puede; trata de sonreír y se le atraganta la respiración; en una de sus excursiones á la cocina tropieza con su mamá política, que anda de un lado para otro con un barreño en las manos lleno de agua caliente, y como no sabe lo que hace, mete las narices en el agua y no puede menos de lanzar un grito.

—Pero, Serapio, ¿te has vuelto loco?—le pregunta la suegra.

—No sé lo que me pasa—contesta él con los ojos humedecidos por el llanto.

En aquel momento llama el aguador, y D. Serapio va á abrir.

—¡Ay, qué desgraciado soy!—le dice.

—¿Qué pasa?—pregunta el astur.

Pero D. Serapio por toda contestación se arroja en sus brazos y le besa; después entra en la alcoba de su mujer, que continúa lanzando quejidos lastimeros, mientras D. Matías, el comadrón, le dice con la mayor tranquilidad del mundo:

—No desperdicie usted las fuerzas, porque todo ese aire que pierde usted ahora nos va á hacer falta para luego. Cuando quiera usted respirar meta usted la cabeza en una fuente honda.... A ver, D. Serapio, traiga usted una fuente ó una sopera ó cualquier otro objeto profunda.

D. Serapio va en busca de lo que se le ha pedido, pero es tal su aturdimiento, que no ve dónde pisa y mete ambos pies en el barreño que ha dejado su suegra en la antesala. Acude ésta furiosa y le increpa; quiere él disculparse y siente que le faltan las fuerzas, hasta que rompe á llorar, maldiciendo la hora en que se casó y en que ha ambicionado la dicha de ser padre.

La suegra, á su vez, da rienda suelta á sus sentimientos maternales, y las lágrimas de ambos se confunden.

—¡Ay, pobre Robustiana!—dice el marido apoyando la cabeza en el hombro de su mamá política.

—¡Hija mía de mi alma!—murmura la madre.

—¡Uy!—grita la esposa de D. Serapio revolcándose en el sofá.

—Vamos, vamos—continúa diciendo el comadrón con mucha calma.—No hay que apurarse. Dé usted unos paseitos por el gabinete, como si estuviera usted en el campo. Lo principal es distraer la imaginación. Inclínese usted hacia la izquierda, como si fuese usted á coger alfileres en el suelo.

Pero la situación de la paciente se agrava por momentos, y sus chillidos se oyen en la portería. D. Serapio quiere huir y tropieza con la mesa del comedor, con la pared, con la criada y con el barreño; su suegra derrama lágrimas como puños y dirige reconvenciones crueles al yerno infeliz, que anda de un lado para otro con los pelos de punta y la nariz demudada.

De pronto, óyese un grito desgarrador; la suegra se dirige á la alcoba lanzando ayes. D. Matías pide las tijeras con voz tonante, y el esposo, creyendo que ha llegado la hora de la muerte, se arroja sobre la mesa del comedor y rompe con la cabeza un azucarero de cristal y dos platos soperos.

Un momento después aparece la suegra con la faz jubilosa, y dirigiéndose á D. Serapio, le dice:

—Ya está.

—¿Cómo?—pregunta él tratando de incorporarse.

—Es un niño.

D. Serapio penetra en la alcoba sin saber lo que sucede; el comadrón sale á su encuentro y pone en sus manos una criatura color de ladrillo que llora y patalea desesperadamente.

—¿Qué es esto?—pregunta asustado.

—Es tu hijo—grita la suegra limpiándose los ojos con un ombligero.

D. Serapio pierde el sentido por completo y cae sentado en el sofá con el chico en los brazos.

Cuando vuelve á la vida, nota con placer que el chico ha hecho presa en su nariz chupándola amorosamente, y entonces empieza á comprender cuán hermosa es la paternidad y cuán admirable la obra de la naturaleza.

LUIS TABOADA.

## EN VÍSPERAS DE CARNAVAL

—Mamerta.

—Sinforoso.

—Ya el Carnaval se acerca,

y hay que vestir al niño

de máscara por fuerza.

—¿De qué le vestiremos?

—De lo que tú prefieras.

—El caso es que dé golpe.

—A ver si se estropea!

—Yo creo que debemos

hacerle un traje de época.

—Sí, sí, á la *Federica*.

—Esa es una simpleza.

Si fuese al *Federico*....

¡Pero vestirle de hombre!

—Quiero decir un traje....

así.... de la Edad Media.

—El niño todavía

no llega á la edad esa,

y le vendría grande

el traje que le hicieran.

—¿Qué cosa se me ocurre!

Debemos ver si nuestra

vecina la patrona

aún el patrón conserva

del traje de mocheño

que le arregló á su nieta.

—Sí, esposo mío; baja

al principal derecha

y dile á la patrona

que yo, si dispusiera

de su patrón un día,

podría hacer las prendas

y me saldría el traje

por una friolera.

—Te advierto, sin embargo,

que hacer el traje cuesta

un ojo de la cara,

porque entra mucha tela.

—Entonces desistamos,

pues gran tontana fuera

quedarse sin un ojo

por cosa tan pequeña.

—Pues piensa otro vestido.

—Quizá servir pudiera

el traje que ha llevado

el niño en la Minerva.

—El de San Juan? ¡Qué tonta!

¡Si en Carnaval no pegó!

—Quitándole el borrego,

tapándole las piernas,

poniéndole bigote

y un casco en la cabeza,

vestido de romano

de un golpe te le encuentras.

—Y sale, y los granajas

de fijo le apedraan.

No, no; debes vestirle

de alguna cosa nueva:

de emperador de Rusia,

de col, de espumadera,

de dromedario virgen,

de solitaria pèrdida....

en fin, de algo que choquee

á todo el que le vea

y alcance por su gracia

un premio en la Zarmela.

Lo malo está en que á veces

el niño no se espura

á que de ciertas cosas

el curso se detenga,

y el traje es quien lo paga.

Pero, hija, ten paciencia,

como hace ya dos años

lo tuvo doña Petra.

—¿Qué le pasó á mi amiga?

—Para que tú lo sepas,

plantó á su niña un traje

con muchas lentejuetas,

representando cuatro

virtudes (según ella,

las cuatro cardinales)

de artística manera.

Llevarle por delante

con abultadas letras

carteles que decían

*Tumpancia y Fortalez,*

y atrás, *Justicia* en uno

y en el otro *Prudencia*.

En este traje anduvo

por la ciudad entera.

Pues bien, ¿á qué decirte

lo que hizo la chichula?

Echó á perder el traje,

pues aunque en la *refriega*

salieron tres virtudes

por su fortuna ilesas,

lo que es á la *Justicia*

la puso como nueva!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

## PALIQUE

He recibido un periodiquito en que se me pinta en forma de gallo que huye y canta la *gallina*. Se trata, según explicaciones que vienen después, de mi polémica con el Sr. Balart.

Ese papelín ignora, por lo visto, las estratagemas que emplean algunos gallos de *carrera*.

De fijo que el Sr. Balart no opina lo mismo que *El Polichinela* (lo cual no es extraño) y que está seguro de que yo podré dejarle sin cualquier cosa menos sin contestación.

En efecto, ya está en la imprenta un folleto que se llama "Una polémica," y cuando se publique podrá enterarse *El Polichinela* de lo que hay. Digo, enterarse.... puede que no entienda una palabra.

Eso suponiendo que *El Polichinela* dure tanto.

\*\*\*

Mi amigo Sánchez Pérez no está conforme con que á mí no me gusten *Los Irresponsables*, del Sr. Dicenta. Esto me recuerda que he prometido á este señor leer su comedia y decirle mi opinión.

¡Si el Sr. Dicenta apartara de mí este cáliz!

Por no leer la comedia y por complacer á Sánchez Pérez, casi estoy decidido á cantar la palinodia.... En fin, veremos.

Por lo demás, eso de exigirle á uno que lea de cabo á rabo los libros para juzgarlos, y esto siempre, sin excepción, acusa poca flexibilidad de espíritu y poquísima *correa crítica*.

Qué dirían estos señores que quieren que se lea *todo*, de Enrique Heine, que escribía lo siguiente: "Mr. D'Arincourt, á quien no he leído, debe parecerse mucho á Mr. (aquí un alemán), á quien no he leído tampoco?.."

\*\*\*

Sobre esto de no haber leído hay cuentos y aun historias que tienen gracia.

Todos recordarán la anécdota del autor que presentó un drama á un empresario, el cual se entusiasmó con el acto primero, no tanto con el segundo, y encontró el tercero tan deficiente que le obligó á rechazar la obra.... que consistía en varios cuadros cuyas hojas estaban en blanco.

Así debían escribir muchos novelistas, dramaturgos y poetas líricos que le mandan á uno sus productos con la pretensión de que se tragas todo aquello....

¡Hay tantas cosas buenas que leer, y la vida es tan corta y está tan llena de ocupaciones y disgustos! Cuando recibí una de esas novelas (la plaga predominante) consistentes en dos ó tres tomos de observación, de naturaleza *cista ordenar*, no pudo me-

nos de acordarme de las muchas obras maestras antiguas y modernas, nacionales y extranjeras, que todavía no he leído, ó he leído mal, ó ya tengo olvidadas.

¡Si yo tuviera ese tiempo que me piden para sus *anturalismos*, lo emplearía en el *Mahabaráta* que no he acabado de leer!

\*\*\*

Á un amigo mío, muy notable escritor, pero que todavía lee menos que yo los *idealismos* y *naturalismos* de por acá, le detuvo una vez en la calle el pesadísimo autor de una *novela corta* para preguntarle:

—Fulano, ¿ha leído usted el librito que le envié hace un año?

—Mi amigo, colorado como un pimiento, contestó:

—Sí, señor.... algo. He leído.... la mitad.

La novelita apenas tenía mitad, era una tontería en miniatura.

Á este mismo amigo otro autor, pongamos que fué otro, le preguntó qué juicio había formado de cierto cuento que le había dado á leer.

El otro, mi amigo, no había leído la obrilla, es claro. Sin embargo, dijo bastante sereno:

—Diré á usted; todo me pareció de perlas.... menos el final....

¡Aquel final! Qué quiere usted, no me pasa de aquí.

—¿De modo que usted opina que debo cambiarlo?

—Indudablemente. Un final.... menos.... violento, y aquello es una joya.

Y á los pocos meses el buen novelista publicaba nueva edición del cuento, haciendo notar que el final lo había variado cediendo á los sanos consejos de un reputado crítico.

\*\*\*

Hartman tiene una teoría, pesimista como todas las suyas, para demostrar los pocos lectores, lo que se llama lectores de verdad, que tienen los libros. Casi resulta que nadie lee á conciencia un libro.... mas que su autor.

Si leer es entender, y entender reflexivamente y recordar, ¿cuánto se acerca la realidad á la paradoja de Hartman!

Pero sucede en la literatura actual lo que pasa en una asamblea en que se alborota: todos saben que hablando todos á un tiempo á nadie se le oye.... y sin embargo, todos quieren seguir gritando.

Nada de esto quiera decir que no leeré *Los Irresponsables*. Los leeré, sí.

Aunque no sea más que por ganar la *apuesta*.

A propósito.

Sánchez Pérez cree poder afirmar que dentro de diez años yo no diré del Sr. Dicenta lo que hoy le pronostico.

Bueno; pues, mi querido D. Antonio, vaya doble contra sencillo.

Si el Sr. Dicenta, dentro de diez años, me parece á mí un buen escritor, yo le regalo á Sánchez Pérez dos mil pesetas. Y si no hay tal, me entrega mil pesetas Sánchez Pérez á mí.

Castigo (ó multa) digno á su benevolencia *corrosiva*.

CLARÍN.

## ¿CUÁL DE LAS DOS?

Hablemos, Matilde, en serio, y á ver si así te convences de que no he sido tan torpe como lo que tú pretendes.

Sé que presumes de hermosa, y en verdad que hacerlo puede la que es imán de los hombres y envidia de las mujeres.

Sé también que andas diciendo, según afirma la gente, que, si antes me distinguías, hoy todavía me quieres,

y al saber que al fin me caso,

te extrañas y te sorprendes

de que á ella, fea, la admita

y á tí, hermosa, te desprecie.

Tú brillas como un lacero

con los encantos que tienes,

y los suyos, á tu lado,

de pequeños se oscurecen.

Tú eres rica y ella pobre,

y sin embargo, ¿qué quieres!

ella tiene mis caricias

y tú solo mis desdenes.

Ya sé yo que esta conducta,

que tan extraña parece,

ni te cabe en la cabeza

ni, de fijo, la comprendes;

pero es que también ignoras

que lo malo es bueno á veces,

y no sabes que *hay ventajitas*

que no sonas á *no* dulas.

Tú enamóras por los ojos,

pues quien te mira enloquece viendo esos labios de grana,

viendo ese cutis de nieve; pero se acerca uno á hablarte,

y en seguida se convence de que no hay en tu cabeza....

más que pelo solamente.

¿Qué es eso, acaso te enfadas?

¿Es que mis frases te ofenden?

¡Pues, hija, la culpa es tuya que tal motivo me ofrecas!

Si tuvieras el talento que por desgracia no tienes,

verías que mi torpeza no es tanta como parece;

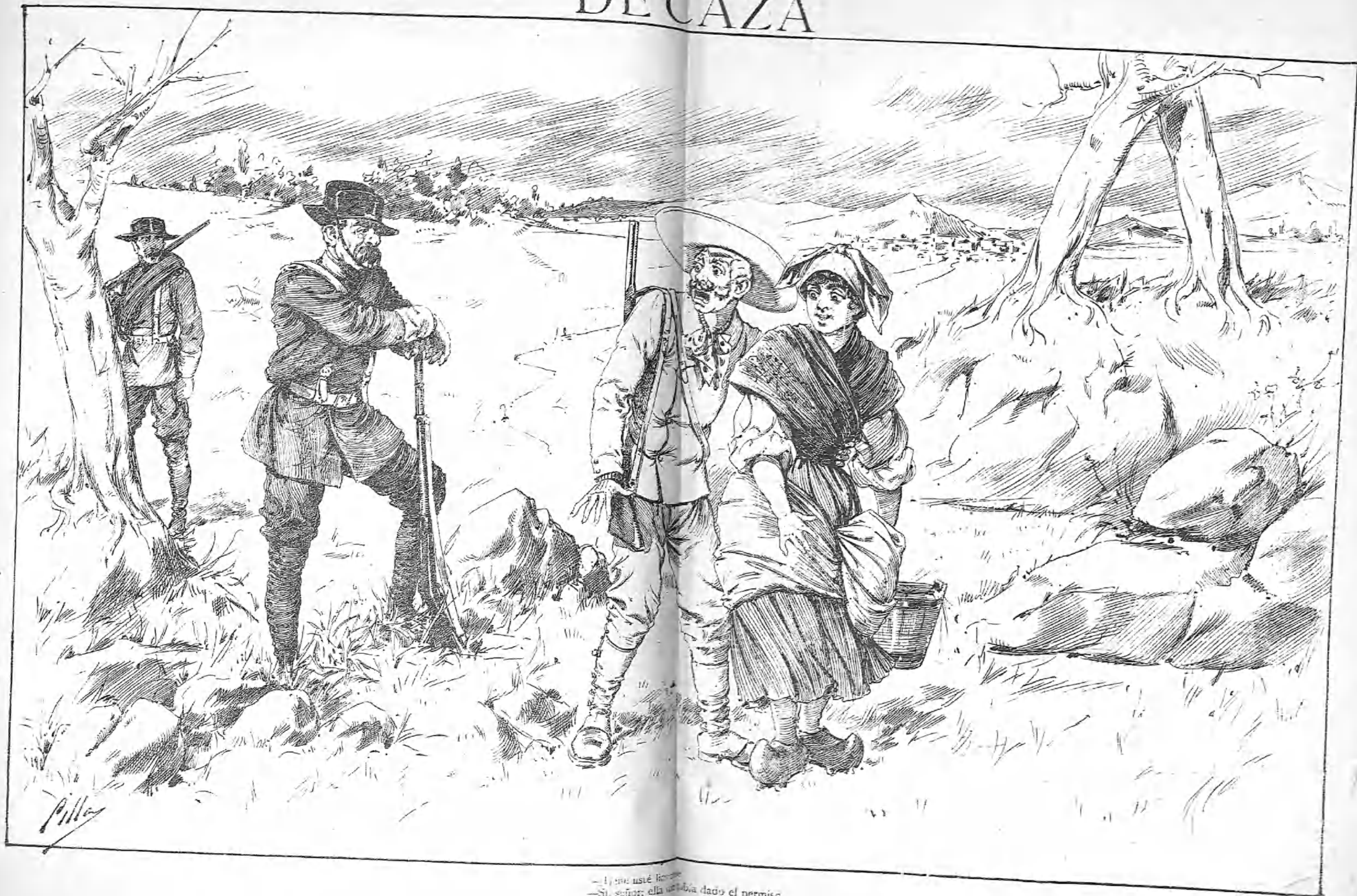
sentías que una manchacha discreta, buena y que piense,

tan no siendo tan hermosa como á tí te consta que eres, vale muchísimo más que otras como tí, que creen que el dinero y la belleza son el colmo de la suerte.

Todo lo que dejo escrito tanto en la memoria siempre. No lo olvides ni un momento, pobre Matilde, y aprende que, *entre dignos y hermosura, el que puede elegir, dice, si para dulas la hermosa, para mejor la prudente.*

FIACRO VRAVZOL.

# DE CAZA



—¿Me está hablando?  
—Sí, señor; ella me había dado el permiso

## IDILIO CAMPESTRE

Una tórtola amante, pudorosa  
como todas las tórtolas amantes  
que no son otra cosa,  
en busca de su amor corría ansiosa  
saltando entre unas matas de grisanter.  
Ella esperaba lejos, allí abajo,  
en la misma lindera de los testigos  
que fueron ¡ay! testigos  
de los dulces alhores del noviazgo.  
¡Y qué tranquilo estaba! ¡qué ignorante  
de que en aquel instante  
le llevaba su dueño  
una noticia atroz, horripilante,  
para quitarle el sueño!

Llegó la tortolita fatigada  
y en el primer esbozo de caricia  
le dijo: — ¡Quieto el pico, no hagas nada!  
y le soltó en el acto la noticia.  
¡Se oponían sus padres! ¡Era cierto!  
¡Maldita terquedad, ó lo que fuere!  
(El tórtolo infeliz no quedó muerto  
porque sólo de amor nadie se muere.)  
Debían separarse, era lo justo,  
para evitar á todos un disgusto;  
y la ardiente pasión, y el juramento  
de cariño constante,  
los llevaría el viento  
á otro sitio cualquiera muy distante.  
¡Oh duelos, oh congojas!  
¡Oh fiera y espantosa despedida!  
¡Oh lances que producen en la vida  
dolores fuertes y alegrías flojas!

—Pues nunca hemos de vernos, dijo el macho,  
y te mirarán tal vez dentro de poco  
con cualquier mamarracho,  
calma por hoy mi afán, porque estoy loco.  
— ¡Nunca! dijo la hembra. Yo no puedo  
perder mi dignidad.

— ¿Me tienes miedo?  
— ¡Miedo yo? ¡Dulce bien! Soy tan valiente  
como cualquiera tórtola inocente.  
— Pues ámate.

— Pues no.

— ¡Siquiera mi rato!....

Total: que se dió al cuerno  
el mandato paterno  
al compás de un arrullo suave y grato.

Y vea usted ahora,  
distinguida lectora,  
lo que son estas cosas de animales:  
estarán mal contadas, sí señora,  
pero nunca resultan inmorales.  
Y si le pongo á usted la misma escena  
entre una parejita de cristianos,  
ya se puede apostar á que se llena  
de santa indignación, si usted es buena,  
¡y se tapa usted el rostro con las manos!

SINESIO DELGADO.

## ¿QUÉ QUIEREN?

Estos sabios no le dejan á uno vivir tranquilo.  
Unos días nos anuncian cataclismos; otros días terremotos,  
otros nos avisan de que la corteza terrestre se enfría; en fin, que  
no le dejan á uno en paz.

Ahora nos ha comunicado el sabio Flammarión, para nuestro  
conocimiento y efectos consiguientes, que el planeta Marte nos  
está haciendo señas hace algunos años.

Si el planeta fuera bizco, como lo es un sujeto que va al café  
donde yo voy, y que siempre que llama al mozo con la mano pa-  
rece que me llama á mí, lo que ha dado lugar á no pocas equi-  
vocaciones, podríamos suponer que los guiños que nos hace  
Marte no van con nosotros, sino con el planeta Venus, á quien  
Marte mostró siempre predilección.

Pero como no hay noticias del atavismo del simpático y dis-  
tinguido planeta, hay que creer á Flammarión y dar por cosa  
hecha que Marte nos hace señas.

Conque, como si fuera poca cosa el tenernos que ocupar en las  
elecciones y en las extravagancias de Cánovas y en la falta de  
pan y en la sobra de frío y de epidemias, ya nos tiene usted con  
este nuevo quebradero de cabeza.

¿Qué quiere de nosotros el Sr. Marte?

Lo mejor de todo sería no hacerle caso ó mirar nosotros á  
otra parte haciéndonos los distraídos; pero por un lado la buena  
educación y por otro la esperanza de que Marte no quiera pe-  
dirnos dinero ni cosa que lo valga, sino, por el contrario, ha-

cernos algún favor ó darnos algún consejo, nos comprometemos á  
fijar la vista en la iluminada faz de nuestro vecino planeta.

Desde que he leído el artículo en que se nos anuncia lo de los  
guiños no tengo momento de reposo.

Duermo poco de noche, no cese de cavilar de día y no quito  
la vista del planeta, esperando sorprender alguna de sus señales.

Declaro que hasta ahora no he podido pescar ninguna de sus  
señales; pero como la imaginación nunca puede estar quieta, se-  
gún opina una vecina mía de esas que se acuestan al amanecer  
y se levantan á media tarde, no cese de hacer cábalas y levan-  
tar castillos en el aire respecto de lo que Marte pueda decirnos.

¿Qué querrán de nosotros?

Y ¿quién lo sabe? ¿quién puede saberlo?

Porque suponiendo que se recojan todas las señales que nos  
pueda hacer Marte, siempre nos sucederá con eso lo que con el  
idioma francés á los que traducen ó arreglan (ó como se llame  
eso) comedias de allá para uso de los de acá, los cuales traduc-  
tores se pasan muchos ratos ante una comedia escrita en *grin-  
go* diciendo: ¿qué querrá decir esto?

Al fin, á éstos aún les queda el recurso del diccionario; pero á  
los que estamos interesados en saber qué nos dice Marte, ni aun  
ese medio de inteligencia se nos ofrece.

¡Si tuviéramos un diccionario!

El deseo de averiguar lo que el vecino Marte dice á su her-  
mana la Tierra me ha hecho á mí soñar.

¿Qué buen rato he pasado mientras soñaba!

No sé cómo se había hecho el milagro, pero recuerdo que le  
había hecho Flammarión.

La Tierra y Marte se habían aproximado hasta el punto de  
que hablando á gritos nos entendíamos los de acá con los de  
allá.

Porque.... ¡oh portento! hablaban también allí en castellano,  
no como Cervantes, no tanto, pero, en fin, como el que usa en  
*El Resucen* el Amigo Fritz; así es que de cuando en cuando sa-  
bia uno lo que decían allá.

Yo me había asomado al balcón de mi casa.

Hay que advertir que mi habitación es la más cercana á Mar-  
te que hay en Madrid.

Vi á un vecino asomado también allá á una buhardilla y co-  
mencé á gritos.

— ¡Eh! ¡eh! Buen amigo! — dije yo.

— ¡Es á mí, vecino? — me contestó.

Yo estaba radiante de alegría.

— ¡Claro que sí! Buen mozo!

— ¿Y qué hay de bueno?

— Pues tú dirás: tratémosnos con confianza, tú por tú.

— Como tú quieras.

— ¿Qué hay de nuevo por Marte?

— De nuevo, nada! ¿Y por ahí?

— Por aquí.... que estamos de elecciones.

— Elecciones? ¿Y qué cosa es eso?

— ¡Ay, qué panoli! ¿No lo sabes?

— No.

— Pues que elegimos de entre nosotros algunos sujetos para  
que nos hagan felices.

— ¡Ah! ¡Vamos! ¡Comprendido! ¿Y os hacen felices de veras?

— Hombre.... con franqueza, no.

— Entonces, ¿por qué los elegís?

— ¿Qué quieres que te diga? ¡Así nos distraemos!

— ¡Eso es otra cosa!

— ¿Hace ahí buen tiempo? ¿Nieva? ¿Hace frío? ¿Tenéis mucho  
calor?

— ¡Quiá! Aquí no hace frío, ni calor. Siempre hace buen tiem-  
po. Hay sol y hay sombra, y el que quiere elige lo que más le  
conviene.

— ¡Caramba! ¿Qué suerte! ¿Entonces no sabréis lo que es una  
capa?

— No sabemos qué es eso.

— Pues una prenda de abrigo que se empeña para comer y  
luego se deja de comer para desempeñarla.

— ¿Qué cosas tan raras pasan ahí!

— Y dime, ¿tenéis ahí conservadores?

— Aquí nos conservamos perfectamente todos.

— ¡No, no es eso, no me entiendes! ¿No tenéis por ahí un hom-  
bre que se llame Cánovas, poco más ó menos?

— ¡Quiá! ¿Y para qué queremos esas cosas?

— ¡Anda! ¿Y dice que para qué! ¡Pues aquí no podemos vivir  
sin uno que tenemos!

— ¡Pues os compadezco! ¿Qué va á ser de vosotros el día que  
os falte?

— ¡Calla, por Dios! ¡No me lo digas! Y dime, ¿tenéis ahí teatros?

— ¡Ya lo creo! ¡Y muy hermosos!

— ¿Y cómo andáis de comedias? ¿Las tenéis originales ó tra-  
ducidas?

— No sé lo que me preguntas. ¿Qué es traducir?

— Pues.... traducir.... es decir en un idioma lo mismo que otros  
dijeron en otro idioma *mutatis, mutandi*.

— ¡Ah! ¡Ya! ¡Vamos ya! Aquí no tenemos más que un idioma;  
de modo que....

— Pero, hombre, ¿cuántas gangas tenéis ahí!

— Hombre.... ¡Aquí se pasa bien!

— Y de dinero, ¿qué tal?

— ¿Qué?

—Que cómo andáis de dinero!  
 —No entiendo!  
 —Que si tenéis duros y pesetas y monedas de oro y billetes de Banco y perros grandes y chicos....  
 —Te digo que no entiendo!  
 —¿No entiendes, ó no quieres entender?

En esto me sacó del arrobamiento en que estaba mi propia criada, que me decía desde la puerta de la alcoba:  
 —Señorito! señorito! ¿Qué le pasa á usted! ¿Cuidado con las voces que está usted dando! ¿No deja usted dormir á nadie!.... Y desperté.

Yo no sé si por medio de Flammarión ó por el de otro sabio llegaremos á ponernos en inteligencia con el planeta Marte. Sé que yo ya lo he estado y que daría cualquier cosa por volver á echar un párrafo con mi vecino de allá. No sólo eso. Sino que me han entrado ganas de mudar de planeta.

Ya sé que esto es más peliagudo.  
 ¿Cómo me compondría yo para hacer el viaje?  
 ¿Pensaré en ello!

MANUEL MATOSES.

## INTERIORIDADES

Tengo dentro de esta cárcel donde el corazón golpea dos sentimientos extraños con direcciones opuestas. Nido el uno de ilusiones, de esperanzas que aletean, de recuerdos cariñosos, de gozos que nunca llegan; espíritu de un espíritu que en la juventud alienta, germen de algo que se agita, vive trabajando y crea fantasmas aduladores, luces que en el alma tiemblan, se apagan, surgen y vuelven sus vibraciones eternas. El otro, hipócrita y frío,

salió huyendo de la quema, del corazón donde estaba se aposentó en la cabeza. Enemigo del primero y con su enemigo en guerra, tiene la edad por escudo, por espada la experiencia y el desengaño fué siempre la cifra de su bandera.... Y aquí dentro de esta cárcel en donde los dos se encierran, peleando eternamente sin que se agoten sus fuerzas, van conmigo.... no sé dónde.... que en la emprendida carrera, mientras dice el uno «Duda,» el otro me grita «Espera.»

EDUARDO VILLEGAS.



SOLUCIÓN AL JEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR

Entre sus vecinos pasa por muy devota Candelas, y en misa lee las novelas que la prohíben en casa.

Yo agradecería infinito á todos los corresponsales del periódico en provincias que, si les hubiesen sobrado ejemplares del número Almanaque recientemente publicado, los devolvieran á esta Administración.

Está casi agotada la edición, y nos vamos á ver negros para hacer las colecciones en tiempo oportuno.

¡Ah! Como es consiguiente, el importe de los Almanaques devueltos se abonará en cuenta en la liquidación de Febrero.

En el Teatro Francés, por orden del Gobierno de la República, han sido suspendidas las representaciones del último drama de Sardou, *Thermidor*. Aquí de la copia aquella:

El pensamiento libre proclamo en alta voz, ¡y muestra el que no piense igual que pienso yo!

Por supuesto la suspensión ha sido por cuestión de orden público. Que es lo que le suele decir aquí D. Antonio Cánovas á Navarro González.

Exclamaba un guarda-agoja, abrumado por el frío:  
 ¡Si aquí los metástran,  
 no habría tantos adictos!

SIXTO CELORRIO.

El teniente de mar D. Isaac Peral, inventor del submarino célebre, se presenta candidato por Madrid.

¡Oh, el genio!  
 Si todos lo que le dedicaron poesías patrióticas le dan ahora el voto, segura está el acta.

Y todo se habrá salvado.... menos la modestia.

Se murió don Darío,  
 y á los pocos momentos quedó frío.  
 Cuatro días después murió Consuelo,  
 y se quedó en seguida como el hielo.  
 Considerada, pues, de esta manera,  
 ¿qué es la muerte sino una friolera?

EMILIO C. OLARAN.

Libros:  
*Pera! y su barco*, folleto importantísimo en las actuales circunstancias, por D. Gregorio Bárcena. Precio: una peseta.  
*Los políticos de Palencia y su provincia*, por D. Donato González Andrés. Cuaderno 13.  
*Historia general de España*, por varios académicos, publicada por *El Progreso Editorial*. Cuadernos del 18 al 25 inclusive. Precio de cada uno: una peseta.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

*Chaperín*.—Muy bien; ¿es de usted de veras? Porque tiene un saborcillo clásico muy sospechoso. Además, no es precisamente de la índole del periódico.

*Cide Hamete*.—¡Qué casualidad! Digo exactamente lo mismo.

*Aníbal*.—Es una vulgaridad muy grande. Pero, mire usted, no está mal hecho el soneto.

*Custo*.—Pues no lo parece usted, amigo.

*Maquinista*.—«Cuando empiezo á decir sin desdoro.»

No; no empiece usted á decirse así. Más vale decir las cosas con desdoro que con ripios.

Sr. D. J. T.—Vaya, allá va un par de quintillas, como usted las llama:

«Tu prenda mía  
 mi salvación  
 y mi corazón  
 por t' latía  
 pues te quería.  
 Todo me pesa  
 no me olvides  
 pues te lo pide  
 quien bien le pesa  
 ¡Adios! Teresa!»

¡Adios! y no escriba usted en llegando.

Sr. D. L. B.—Eso mismo, ó cosa parecida, he leído hace mucho tiempo. Por cierto que ya era una vulgaridad entonces. Conque ahora....

Sr. D. J. S. T.—Mérida.—No tenemos un solo ejemplar. Como se separaron ambos periódicos y las administraciones eran distintas, ignoro la suerte que habrá cabido á las colecciones.

*K. Che-fina*.—Muy incorrecta y con muy poca gracia. Los versos de los suscritores son juzgados como los de los que no lo son. Para eso no hay categorías.

*Poa*.—¡Ay, madre de Dios! ¿Qué pedrestes son esas quintillas! Vea usted la primera:

«Ha tiempo que con afán  
 vienes contándome historias  
 por cierto no meritorias  
 de mi esposo Florián  
 que ya sé por sus memorias.»

¿Á que está usted conforme?

*Padlewski*.—También es malo eso de veras.

Sr. D. J. C.—Madrid.—La intención es buena, pero los versos son flojitos como ellos solos. Y el infierno está empedrado de buenas intenciones.

*Mister Molineta*.—Lo que más me gusta es la carta. Y eso que se ha figurado usted que *siempre y públicamente* son consonantes.

Sr. D. M. J. M.—Tiene mucha gracia, pero ¡ay! es tan personal el asunto....

*El autor*.—Desgraciadamente, por lo visto, esa le ha salido á usted peor que las anteriores.

Sr. D. R. M.—¿Y qué quiere usted que le diga! Que eso es poquita cosa. Ni fí ni fá, como si dijéramos.

Sr. D. M. H. T.—Con propiedad, yo creo que no; porque como se aplica generalmente es en el sentido de *égera*, que es lo que indudablemente quiso decir la señora.

Sr. D. M. A.—Madrid.—No señor, no son consonantes, ni lo han sido nunca, ni lo podrán ser en su vida.

Sr. D. F. G. C.—Efectivamente, el verso que usted señala es malo por la consonancia, pero no es cojo, afortunadamente para él. Al contrario, le sobra una sílaba.

*Doctor Sincé*.—Se publicará.

Sr. D. R. de A.—Hombre, ¡qué caramba! Hay que medir los versos primeramente.

*Un escritor*.—El asunto es bonito, pero está diluido en versos muy medianos, y es una lástima.

Sr. D. P. H. L.—Sevilla.—¿Quiere usted repetir la carta á qué alude? Porque no recuerdo si la ha recibido ó no.

K. Z.—Bien, pero eso se ha dicho de mil maneras.

## CARAMBOLA



Si un perro quiere morderte,  
mira tú cómo te enfadas,  
que hay amos con mala suerte  
que reciben las patadas

Lst. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

## ANUNCIOS

### MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS  
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

#### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

#### PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primera izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

ESPACHO. TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

### LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

### PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SIMONIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAFORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

#### COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

*Sin encuadernar.*—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

### ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.